

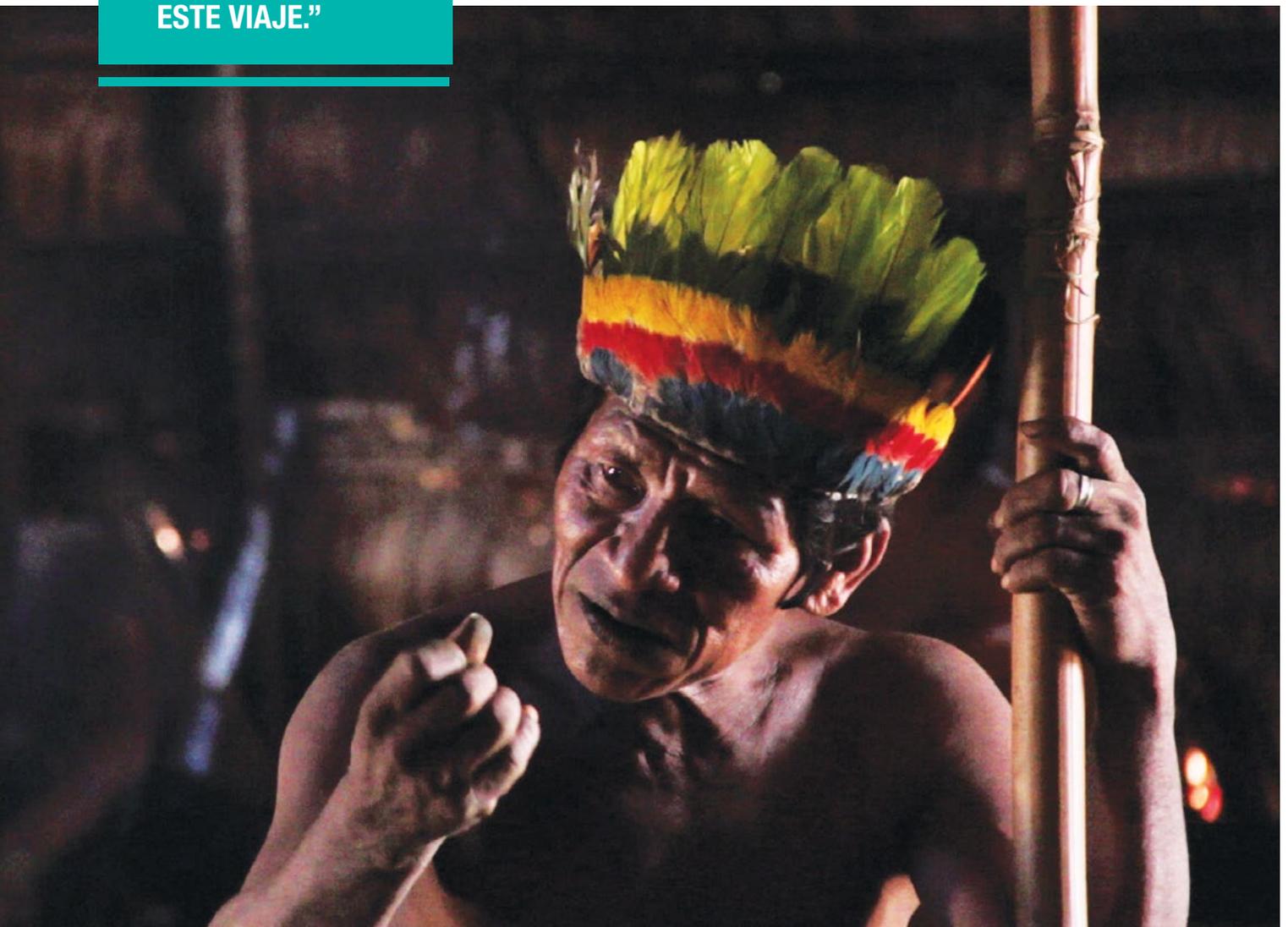
La historia de una periodista en búsqueda de imágenes sobre la guerra y la dignidad en Colombia documentados por el Centro Nacional de Memoria Histórica. **Antún Ramos, Ema Alzate, Delio Gaitán, Manuel Safiama, María Zabala y Luz Dary Ospina** protagonizan escenas de su lucha cotidiana por la vida en un país en guerra.

Solo la luna ilumina el interior de la maloca. Entra para dibujar el cuerpo de un hombre pequeño que parece hablar desde el fondo de la tierra. Manuel Safiama, de piel ceniza, anuncia que estamos en La Chorrera, selva amazónica, cerca de donde se originó el mundo. Los seis hombres que lo acompañan, sentados en bancos a la altura de los tobillos, confirman la sentencia con un sonido gutural, corto y contundente como un martillazo. A la voz de la autoridad sobreviene el frío y el chirrido de los grillos que se comen la noche.

Los hombres se mueven como felinos en la oscuridad. Se acercan, de uno en uno, a la fuente del mambe. Se llevan a la boca cucharadas del polvo verde obtenido al macerar hojas secas de coca y de yarumo. Lo acumulan en las mejillas interiores, lo humedecen con saliva y regresan a su sitio en la media luna que forman para acompañar a Manuel, el Mayor, mientras avanza en sus relatos. Habla en lengua huiototo. Los demás, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, asienten con golpes de garganta.

**“LOS ESPÍRITUS  
DE NUESTROS  
MAYORES, QUE  
ESTÁN PRESENTES,  
LOS PROTEGEN EN  
ESTE VIAJE.”**

Un suspiro corta la tensión. Manuel se levanta. Nos toma de las manos y muy quedo asegura: los espíritus de nuestros mayores, que están presentes, los protegen en este viaje. Sentimos la suavidad de su piel al despedirse. Regresa a su butaca y canta con voz vieja. Asistimos al amanecer de la palabra y a la puesta de la luna llena del 23 de junio de 2013. Salimos en busca de los relatos de la guerra y la dignidad en Colombia.



**1.** Los niños de Bellavista, Chocó, convierten bejucos en cuerdas para saltar, trepan por las ruinas de la escuela acechada por la selva, alborotan nidos de avispas y corren sobre la tierra dura donde antes se levantaron casas de madera y zinc. Suspenden el juego cuando ven a Antún Ramos, un negro de 1 metro 87 centímetros de estatura, avanzar por el camino de cemento hacia la vieja iglesia. Lo rodean, lo siguen, lo escuchan.

El cura trae el relato del crimen del 2 de mayo de 2002. Lo recita en el altar, justo donde recuerda que explotó un cilindro cargado con metralla. Las Farc erraron en el blanco paramilitar que se escondía detrás de la iglesia y provocaron una tragedia que todavía es dolor en el Atrato medio. Cuando abrió los ojos, su pequeña iglesia estaba convertida en el teatro del horror. Antún vio un cuerpo decapitado dar tres pasos antes de irse al suelo, bebés estallados contra las paredes, muertos lamentándose. Después contó los muertos: 79 personas, 48 eran niños.

No sabemos si los trepadores de ruinas siguen la historia esta mañana del 3 de julio. Observan, silenciosos, las fotografías de los que murieron. Uno de ellos lee los nombres, de uno en uno, como si llamara a clases. El parecido de los niños muertos con los vivos espanta. Antún nos devuelve la esperanza. *Estos son los retoños de Bojayá*, dice. Ellos ríen porque se sienten tratados como plantas. Los vemos alejarse por el camino enmarañado que lleva del pueblo viejo al pueblo nuevo y pensamos que ese paseo es como su vida: obligada al futuro y pendiente de un hilo de dolor que la ata al pasado.



**EL PARECIDO  
DE LOS NIÑOS  
MUERTOS CON  
LOS VIVOS  
ESPANTA.**





## TODAVÍA BUSCAN A 200 VECINOS DESAPARECIDOS.

**2.** *Siempre he estado aquí*, nos dice Ema Alzate mientras acaricia el prado y moja sus pies en las aguas cristalinas de los baños de San Antonio. Dicha en San Carlos, Antioquia, esa frase se clava como una piedra en el fondo de la quebrada. Ema, de ojos azules y voz suave, ve caer la tarde del 14 de julio y dice que en la guerra le mataron al primer marido, le mataron al segundo marido y la obligaron a dejar La Mirandita cuando las AUC y las FARC se filaron, *frente a frente*, para darse plomo.

En los años del horror, 1998-2008, a los caseríos se los comió la selva y en el pueblo las puertas permanecieron cerradas día y noche. Solo 5 mil personas, de unas 20 mil, se quedaron como lo hizo Ema. Custodiaron las casas y sepultaron a sus muertos: 215, han dicho; todavía buscan a 200 vecinos desaparecidos. Hace cuatro años, Ema regresó a la vereda con ciento diez personas más. Desgajó la selva que ya

se comía los techos, cazó minas antipersonal entre la maleza y refundó la vida campesina a partir del esfuerzo compartido.

Ema, sentada en el césped con el agua a los tobillos, compone una pintura que podríamos llamar Señora en una tarde de domingo. Ha comido un fiambre y se ha refrescado un poco. Mira el paisaje verde y escucha las cascadas y los arroyos. No vienen las lágrimas ni los lamentos. Ahora cuando los campos florecen y las vacas amamantan, dice estar viva para proclamar, como lo hacen cientos de resistentes, que a San Carlos nunca regresará la guerra.



**SU VOZ LLEGA  
HASTA EL OÍDO  
DE LOS ÚLTIMOS  
CAMINANTES QUE  
SE ESFUERZAN EN  
LAS PENDIENTES  
VENCIDAS POR  
LAS LLUVIAS.**

**3.** Delio Gaitán abre la trocha que lleva de la orilla del río Carare a El Tamarindo, su casa. Muestra la continuidad del sendero interrumpido por arroyos y peñascos. Su voz llega hasta el oído de los últimos caminantes que se esfuerzan en las pendientes vencidas por las lluvias. Habla como si lo hiciera para los cuatro mil campesinos que viven en los territorios de influencia de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare; herederos de los 11 valientes que en 1987 le notificaron a las FARC que no serían su trinchera.

Años después, cuenta Delio, a nombre de dos mil campesinos asociados le dijeron, lo mismo a los generales del ejército nacional y a los paramilitares. Y casi una década después, los sobrevivientes le pasaron la misma notificación a los dueños de la coca que ya los esclavizaban. La decisión de defender sus tierras, ellos saben lo que es romper la selva para conseguir un lugar donde asentar la vida, les costó vidas. Todavía extrañan a sus líderes Josué Vargas, Saúl Castañeda y Miguel Ángel Barajas asesinados, junto a la periodista Silvia Duzán, en un café del centro de Cimitarra el 26 de febrero de 1990. Y aún

repan el inventario del horror en la región de Cimitarra, Santander, desde 1970 hasta hoy: secuestros, extorsiones, asesinatos gota a gota, quema de casas, desplazamientos, torturas, desapariciones.

Delio ha coronado la cima. Nosotros recuperamos el aliento y la esperanza al reposar en el patio de veraneras florecidas en El Tamarindo. Lo vemos acariciar el perro, tantear la gallina, hablarle al gallo, reparar el ternero y taparle la cara a una boruga asustadiza. Después, va a la cocina donde su mujer alienta el fuego hoy 18 de julio. Quizá ahí está el secreto de la vida campesina en el Carare: esforzarse todos los días como si fuera el primero.

**4.** Pedro Junior canta mientras remontamos el río Igaraparaná que nos arrulla con su melancolía. Ismael Fajardo capitanea el bote que nos lleva a las entrañas de Colombia y cuenta que en esta tierra amazónica ellos, los huitotos, boras, muinanes y ocaínas, estuvieron a punto de extinguirse cuando hace un siglo la fiebre del caucho convirtió la explotación de la selva en una

máquina de muerte. Pedro canta la leyenda del pájaro que era el marido de la luna y por desobedecer las leyes cayó a tierra y la dejó a ella sola para siempre. Ismael confiesa que a las Farc las contuvieron con la palabra pues todas las noches los mayores llamaban a los que ya son tigres o árboles o piedras;

y ellos, los que ya descansaron, respondieron porque la naturaleza también piensa, aclara.

Guardamos las palabras de Ismael como si fueran conchitas de mar. Las cargamos en nuestros canastos junto con las de un centenar de Colombianos que nos hablan en presente continuo de una herida abierta que apenas da paso a la tristeza porque se convierte en palabra, en relato, en memoria.



**5.** María Zabala camina por un senderito en el corazón de la sabana. Sus pies alborotan el polvo mientras mira el horizonte. Vemos el suelo arcilloso, los pies golpeándolo, las huellas hablando de persistencias. Lo que está adelante es verde y es azul. No vemos lo que ella ve con esos ojos redondos, negros, duros. Será porque María encarna la autoridad del sufrimiento que no podemos preguntarle qué mira en esa nada.

En el año 2000, cuando ya era viuda y desplazada, se unió con decenas de mujeres como ella y viajó a Villa Nueva, Valencia. Se filó como lo hicieron las demás frente a alias Don Berna, un temido jefe paramilitar, y le anunció que ellas iban a reclamar a sus hijos, los jovencitos sobrevivientes del exterminio, reclutados por él a la fuerza. Habló sin titubear, recuerda. Y dice que las demás mantuvieron las piernas firmes, la respiración controlada y las manos unidas a las de otras para sentir que por sus

venas corría la misma sangre. Con la palabra prolija y fuerte ganaron la batalla.

Una vez los hijos regresaron a casa, María Zabala y sus vecinas emprendieron la lucha por un pedazo de tierra para plantar sus casas y sus huertas. Por el Valle Encantado, 128 hectáreas, camina esta tarde María Zabala. Pisa ese suelo con la esperanza de que un día el Estado reconozca que esa tierra bañada por el río Sinú es propiedad de las mujeres víctimas, viudas y valientes que han levantado un asentamiento femenino y radical en sus propósitos de conservar la vida, tierra y la libertad. Solo entonces, María podrá detener la marcha y sentarse a mirar algo muy suyo en el horizonte.

**POR EL VALLE ENCANTANDO,  
128 HECTÁREAS,  
CAMINA ESTA TARDE  
MARÍA ZABALA.**



**6.** Hace once años, Luz Dary Ospina era “la luz” en la Independencia de Medellín, un barrio en la ladera occidental repleto de techos de zinc, marañas de cables y ropas tendidas al viento. Ella, cinco mujeres más y un hombre convertían los sueños de los vecinos en realidad: centenares de escalas de cemento para llegar hasta la cima, agua potable transportada por mangueras hasta cada hogar y energía para mover las máquinas de coser y echar luz sobre los cuadernos en los que los niños aprendían escribir. Fue entonces cuando la conocimos. Nos llevó de visita al taller de las alfareras, nos habló de la Asociación de Mujeres de las Independencias, nos acompañó hasta la escuela El Triunfo que se nos apareció al coronar ochocientas escalas como un castillo abaleado y abandonado en la cima de la montaña.



**LUZ DARY PROTEGIÓ A SUS HIJOS DEBAJO DE LAS CAMAS Y ELLA ENTENDIÓ QUE EL ESTADO, AL INTENTAR RECUPERAR UN TERRITORIO COPADO POR DIVERSOS GRUPOS ARMADOS, LA ATACABA A ELLA.**

De regreso, después de criar a sus hijos fuera de Medellín y de Colombia, dice que todos los días recuerda a los muertos de la Comuna 13. A los viejos que dejaron en esas calles su sudor y a los jóvenes porque sus muertes siembran, tal vez como ninguna otra, desilusión y desesperanza. Luz Dary habla generosamente y mientras lo hace mueve las manos. Seguimos los dedos apretados por argollitas de plata y las uñas gris perla trazando arcos y mostrando caminos. Pensamos que esas manos buscan un pedazo de tierra donde sea posible levantar una ciudad. 

Hoy, 6 de julio de 2013, la escuchamos decir que solo un mes después de aquel recorrido un helicóptero, desde el que hombres del ejército disparaban, irrumpió en la noche de la Comuna 13 y así comenzó la Operación Orión. Luz Dary protegió a sus hijos debajo de las camas y ella entendió que el Estado, al intentar recuperar un territorio copado por diversos grupos armados, la atacaba a ella, a sus amigas y a cientos de familias pobres que habían trabajado día y noche durante dos décadas por su derecho a la ciudad. En esa guerra su vecina y amiga Teresa Yarce fue asesinada. Otras, detenidas y conducidas a cárceles miserables. Y ella, la luz, condenada al exilio.

